

GONZALO ARANDA PÉREZ *

INSPIRACIÓN: AUTOR, LIBRO, LECTOR-OYENTE COMO INSPIRADOS. IMPLICACIONES TEOLÓGICAS

Fecha de recepción: abril 2008.

Fecha de aceptación y versión final: mayo 2008.

RESUMEN: El objetivo del artículo es mostrar cómo el concepto de inspiración bíblica engloba la acción del Espíritu de Dios: *a)* sobre los autores de los libros; *b)* en los mismos libros en cuanto que son recibidos por la Iglesia como libros inspirados, y *c)* en los lectores oyentes de esos mismos libros como Escritura sagrada y palabra de Dios. Se tienen en cuenta las orientaciones en este sentido de *Dei Verbum*, del documento de la Pontificia Comisión Bíblica de 1993 sobre *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, y algunas aportaciones de autores recientes. Se concluye que la acción del Espíritu Santo en los tres momentos señalados entra dentro del proceso de inspiración bíblica, puesto que tal inspiración está orientada a la comunicación de la palabra de Dios mediante un texto escrito que se hace voz viva en el presente. La comprensión y actualización de la Biblia en los diferentes momentos forma parte de la palabra de Dios que se transmite en la Tradición junto con la Escritura.

PALABRAS CLAVE: *Dei Verbum*, escritura, Biblia, inspiración, autor, lector.

Inspiration: Author, book, reader-listener as inspired. Theological implications

ABSTRACT: This article aims to show how the concept of Biblical inspiration encompasses the action of the Spirit of God: *a)* upon the books' authors; *b)* in the books themselves,

* Facultad de Teología de la Universidad de Navarra; garanda@unav.es

insofar as they are received by the Church as inspired books, and *c*) upon the readers-listeners of those books as Sacred Scripture and Word of God. In this sense, the orientations of *Dei Verbum*, the Pontifical Biblical Commission's document on *The Interpretation of the Bible in the Church* (1993) and some contributions of recent authors are taken into account. The conclusion is that the action of the Holy Spirit in the three aforementioned moments enters within the process of Biblical inspiration. This inspiration is geared towards the communication of God's word through a written text which becomes a living voice in the present time. The comprehension and actualization of the Bible at different moments form part of the word of God which is transmitted in Tradition together with Scripture.

KEY WORDS: *Dei Verbum* scripture, Bible, inspiration, autor, reader.

INTRODUCCIÓN

En un Congreso dedicado a la palabra de Dios no puede faltar, ciertamente, una reflexión sobre la inspiración de la Escritura, ya que, como dice DV 9: «La Sagrada Escritura es la palabra de Dios (*locutio Dei*) en cuanto se consigna por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo (*divino afflante Spiritu scripto consignatur*)». Por la orientación que se ha dado al presente Congreso —«De la *Dei Verbum* al Sínodo de la Palabra»—, nos fijaremos sobre todo en algunos aspectos puestos de relieve en la reflexión reciente¹.

La Constitución *Dei Verbum*, al tratar la inspiración, se fija ante todo en la acción de Dios en los hagiógrafos como punto de partida (n.11), siguiendo esto al Magisterio anterior, pero en seguida orienta ya a comprender la acción del Espíritu en el lector, cuando dice que la Escritura «ha de leerse con el mismo Espíritu con que se escribió» (n.12), y hace

¹ Síntesis y valoraciones de la bibliografía reciente pueden verse en H. GABEL, *Inspiration und Wahrheit der Schrift (DV 11): Neue Ansätze und Probleme im Kontext der gegenwärtigen wissenschaftlichen Diskussion*, en AA.VV., *L'interpretazione della Bibbia nella Chiesa: Atti del Simposio promosso dalla Congregazione per la Dottrina della Fede, Roma, settembre 1999*, Città del Vaticano 2001, 64-84; W. VOGELS, *Three Possible Models of Inspiration*, en A. IZQUIERDO (ed.), *Scrittura ispirata. Atti del Simposio internazionale sull'ispirazione promosso dall'Ateneo Pontificio «Regina Apostolorum»*, Città del Vaticano 2002, 61-79; A. M. ARTOLA, *La Escritura inspirada. Estudios sobre la Inspiración Bíblica*, Bilbao 1993; J. M. SÁNCHEZ CARO, *La Biblia, libro sagrado. Teología de la inspiración en los últimos diez años: Salmanticensis* 48 (2001) 81-121; V. BALAGUER, *La Economía de la Escritura en la Dei Verbum: Scripta theologica* 38 (2006) 893-939.

ver la peculiaridad de la Escritura como texto inspirado en el capítulo VI —«La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia»—, cuando habla de la veneración de las Escrituras (n.21), de su importancia para la teología (n.24) y de la recomendación de su lectura (n.25)².

Los métodos histórico-críticos aplicados al estudio de la Biblia han mostrado la complejidad del proceso de redacción de muchos de sus libros, y han puesto en evidencia que su autoría no puede mantenerse como en otro tiempo, ni tampoco su «inerrancia». Todo ello llevó a algún autor, en los años setenta del siglo pasado, a hablar del final de la teología de la inspiración, apoyándose en que ya no puede mantenerse el valor absoluto de la Biblia basado en la inerrancia garantizada por la inspiración³. Pero tanto los resultados del método histórico crítico, como las orientaciones de *Dei Verbum* han llevado a comprender la inspiración en una dimensión más amplia que la de servir de fundamento a la inerrancia. La inspiración se inserta en una teología de la palabra de Dios, en cuanto que constituye a la Escritura palabra de Dios inspirada, es decir, que Dios habla por medio de ella a una comunidad y a unos lectores oyentes concretos.

Por otro lado, la aplicación de nuevos métodos y acercamientos a la Escritura, teniendo en cuenta las perspectivas abiertas por las ciencias del lenguaje y por los estudios sobre hermenéutica general, ha llevado también a poner especialmente de relieve las virtualidades de la inspiración aplicada al texto y al lector. En el documento de la PCB de 1993, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, que recoge y valora esas perspec-

² Sobre la aportación de *Dei Verbum* al tema de la inspiración, Cf. L. ALONSO SCHÖKEL - A. M. ARTOLA, *La palabra de Dios en la historia de los hombres. Comentario temático a la Constitución Dogmática Dei Verbum*, Bilbao 1991 [en concreto el valioso artículo de A. M. Artola dedicado a la inspiración en la DV (337-357)]. Para algún autor reciente [Cf. CH. THEOBALD, *La Révélation. Quarante ans après «Dei Verbum»*: Revue théologique de Louvain 36 (2005) 145-165] el último capítulo de DV no llega a estructurar adecuadamente los anteriores, y su enseñanza sobre la inspiración es deudora de ciertos compromisos en la redacción [expuestos en CH. THEOBALD, *La chiesa sotto la Parola di Dio*, en G. ALBERIGO (dir.), *Storia del concilio Vaticano II*, vol. 5, Leuven-Milano 2001, 285-370], que pueden hacerla irrelevante ahora, apenas cuarenta años más tarde. Una visión contraria en V. BALAGUER, o.c., 894.

³ Cf. O. LORETZ, *Das Ende der Inspirations-Theologie. Chancen eines Neubeginns, I. Untersuchungen zur Entwicklung der traditionellen theologischen Lehre Über die Inspiration der Heiligen Schrift*, Stuttgart 1974. Para una crítica de este autor, Cf. A. M. ARTOLA, o.c., 52-58.

tivas, aflora de manera especial el tema de la inspiración precisamente al considerar las características del texto bíblico, y la situación del intérprete en la Iglesia. Aunque en el Documento no se trata directamente de la inspiración, se da por supuesta⁴.

De cara al próximo Sínodo sobre «la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia», los *Lineamenta* presentan la Escritura al hablar de «la Palabra de Dios como una sinfonía» (n.10). Ser «inspirada» es la modalidad propia de la palabra de Dios en la Escritura, frente a las otras cinco formas señaladas en las que se da la palabra de Dios⁵. En el apartado dedicado a la Sagrada Escritura se señala que uno de los aspectos que hay que considerar por su incidencia operativa en la lectura de la Biblia, es, entre otros, «el significado del carisma de la inspiración con la cual (inspiración) el Espíritu Santo constituye los libros bíblicos como palabra de Dios y los confía a la Iglesia para que sean recibidos con la obediencia de la fe» (n.15). Ya en esta forma de expresarse podemos ver que el acento recae en la acción del Espíritu sobre los libros bíblicos y sobre la Iglesia a la que los confía. No menciona expresamente a los hagiógrafos, aunque evidentemente hemos de verlos implicados también en esa acción carismática del Espíritu por la que constituye los libros como Palabra de Dios.

Lo que ahora se trata de mostrar es precisamente cómo se comprende en realidad al autor de un libro bíblico en cuanto autor inspirado, qué significa para la Iglesia la Escritura en cuanto palabra de Dios inspirada, y cómo se da la acción del Espíritu en el lector-oyente para que pueda decirse de alguna forma que también él está inspirado. La acción del Espíritu en esos tres momentos es necesaria para que la Escritura sea palabra de Dios actual en y para la Iglesia de todos los tiempos⁶. Teniendo en

⁴ Cf A. M. ARTOLA, *La inspiración bíblica en el documento sobre la interpretación de la Biblia en la Iglesia*: Scripta Theológica 27 (1995) 182; *Los nuevos métodos de exégesis y la comprensión de la Inspiración bíblica*, en A. IZQUIERDO (ed.), o.c., 132-166.

⁵ Estas formas son el Verbo eterno; la creación; Jesús, la Palabra hecha carne; la predicación apostólica, y la predicación de la Iglesia.

⁶ Esta orientación de ver un influjo del Espíritu en la lectura y en las nuevas actualizaciones e interpretaciones del texto está presente en numerosos autores. Baste señalar, por ejemplo, de parte católica, TH. A. HOFFMAN, *Inspiration, Normativeness, Canonicity and the Unique Sacred Character of the Bible*: Catholic Biblical Quarterly 44 (1982) 447-469; S. CROATTO, *Hermenéutica Bíblica. Para una teoría de la lectura como producción de sentido*, Buenos Aires 1984; S. SCHNEIDERS, *Le texte de la rencontre. L'interprétation du Nouveau Testament comme écriture sainte*, Paris 1995 (orig. inglés, 1991);

cuenta, ya desde el comienzo, que, aunque ciertamente se trata de realidades diferenciadas —autor, texto, lector—, las tres están implicadas necesariamente en el proceso de la comunicación, y que, en cualquier planteamiento realista a propósito de un texto escrito, no puede prescindirse de ninguna de ellas. En el caso de Biblia, además, las tres encuentran además su relación más profunda en el Espíritu de Dios por el que la revelación se lleva a cabo. La Biblia es el testimonio de la palabra de Dios, promovido por el Espíritu (relación de origen), lleno del mismo Espíritu (cualificador interno) y en el que el mismo Espíritu sigue actuando (dimensión experiencial)⁷. Y las tres realidades confluyen también entre sí en cuanto que la comunidad en la que surge, se conserva y se lee la Escritura es la misma a lo largo de la historia.

I. EL AUTOR INSPIRADO

El primer momento en orden a la comunicación mediante la palabra escrita, el momento fontal podemos decir, es ciertamente el de poner algo por escrito para que otros lo lean. En el caso de la palabra de Dios inspirada, tal como afirmamos que se da en la Escritura, ese primer momento es por tanto la composición de un libro bajo el influjo especial de una acción divina que, a partir de la traducción latina de 2Tim 3,16, se ha venido llamando «inspiración»⁸. Con este término se quiere expresar la

E. SALMAN, *Der geteilte Logos. Zum offenen Prozess von neutestamentlichem Denken und Theologie*, Roma 1992; F. MARTIN, *Pour une théologie de la lettre. L'inspiration des Écritures*, Paris 1996; P. GRECH, *Quid es veritas? Rivelazione e ispirazione: nuove prospettive*: Lateranum 61 (1995) 414-424; W. VOGELS, *L'Écriture, inspiré et inspirante*, en J. DUHAME - O. MAINVILLE (eds.), *Entendre la voix du Dieu vivant. Interprétation et pratiques actuelles de la Bible*, Montreal 1994, 261-296. De parte protestante, P. J. ACHTEMEIER, *The Inspiration of Scripture. Problems and proposals*, Philadelphia 1980; K. R. TREMBATH, *Evangelical Theories of Biblical Inspiration. A Review and Proposal*, New York-Oxford 1987; U. H. J. KÖRTNER, *Der inspirierte Lesser. Zentrale Aspekte biblischer Hermeneutik*, Göttingen 1994; K. HUIZING, *Homo legens. Vom Ursprung der Theologie im Lesen*, Berlin 1996, 148-154.

⁷ Cf. M. SECKLER, *Wort Gottes und Menschenwort*, en F. BÖCKLE (ed.), *Christlicher Glaube in moderner Gesellschaft*, Teilband 2, Freiburg i. Br. 1981, 88.

⁸ El término latino *inspiratus* aplicado a la Escritura comienza a hacerse técnico en la literatura al parecer desde Tertuliano [Cf. TERTULIANO, *De cultu feminarum* I 3 (CSEL 70 64)]. Los padres apostólicos y los apologetas designaban esa realidad en

acción de Dios sobre el autor de un libro bíblico, distinguiéndola de la representada en obras judías y cristianas de carácter apocalíptico o de revelación, que se presentan a sí mismas como teniendo un origen divino, bien por haber sido escritas bajo dictado angélico (1Henoc, Jubileos, Dan 10-12, Ap), bien porque su autor estaba poseído por el Espíritu de Dios (4Esdras, etc.)⁹.

Para comprender cómo se da la acción inspiradora de Dios en el autor humano al escribir éste su obra, señalemos tan sólo algunos puntos que me parecen iluminadores desde la investigación realizada en los últimos años.

1. DIOS AUTOR Y EL HAGIÓGRAFO VERDADERO AUTOR

Como es bien sabido, DV 11 sintetiza la acción de Dios en los hagiógrafos para la redacción de los libros diciendo: «Elegió a hombres, que utilizó usando de sus propias facultades y medios, de forma que, obrando Él en ellos y por ellos, pusieran por escrito, como verdaderos autores, todo y sólo lo que Él quería». Se ha llamado suficientemente la atención en cómo el Concilio evita el término «instrumento» por razones pastorales, en cómo remite a una serie de textos bíblicos que reflejan la unión íntima del hagiógrafo con Dios, y, sobre todo, en cómo califica a los hagiógrafos de «verdaderos autores». Su enseñanza en este punto, sin embargo, sigue estando en la línea de los Documentos del Magisterio anterior a los que cita en nota, y en los que se explicaba la inspiración del autor acudiendo a la causalidad instrumental, especialmente la *Divino Affante*

griego con otros términos —*pneumatikos, theoforoúmenoi, pneumatofóroi, ai graphai pneumatikai, epípnoia*—, evitando el término *theópneustos* quizás para rechazar concepciones mánticas propias del helenismo. Sólo Hipólito de Roma (ca. 230) lo utiliza de forma excepcional. Cf. J. BEUMER, *La inspiración de la Sagrada Escritura*, en M. SCHMAUS - A. GRILLMEIER - L. SCHEFFCZYK, *Historia de los dogmas*, t.I, Madrid 1973, 9.

⁹ Tal forma de entender el origen divino de un libro como tal está asimismo subyacente en el NT [Cf. Hch 1,16; Mt 22,43 (Mc 12,36); Lc 20,42; Hch 4,25; etc.]. Pero, a diferencia de las obras citadas, en el NT la atención se centra en Cristo. El origen divino-humano de los libros de la Escritura se fundamenta en que son un testimonio sobre Cristo, y encuentra su sentido desde lo que ha acontecido en Cristo. Sobre el concepto de libro sagrado en la apocalíptica, Cf. G. ARANDA PÉREZ, *El libro sagrado en la literatura apocalíptica*: Scripta Theologica 35 (2003) 319-353. Sobre 4 Esd, Cf. J. M. SÁNCHEZ CARO, *Inspiración y canon en 4 Esd 14, 1-50. Intento de revisión*: Estudios Bíblicos 64 (2006) 671-697.

Spiritu. La misma calificación de los hagiógrafos como «verdaderos autores» se comprende bien desde esa explicación, ya que la causa instrumental no deja de ser verdadera causa¹⁰.

La PCB, en el documento de 1993 al que hacíamos alusión al principio, vuelve a retomar el lenguaje de la causalidad instrumental, precisamente para señalar que: «El Espíritu Santo, autor principal de la Biblia, puede guiar al autor humano en la elección de sus expresiones, de tal modo que ellas expresen una verdad de la cuál él no percibe toda su profundidad» (II B 3). Es el Espíritu, como inspirador de cada uno de los hagiógrafos, el que les guía a veces a una forma de expresarse, cuyo sentido profundo les sobrepasa y aparecerá en otra parte de la Biblia, escrita por otro autor, inspirado también por el mismo Espíritu. De esta forma el autor inspirado, verdadero autor que elige sus expresiones en cuanto instrumento vivo, no es el responsable único de las mismas. Éstas son al mismo tiempo guiadas por el Espíritu en orden al conjunto de la revelación. La explicación de la inspiración del autor mediante la causalidad instrumental sigue dando razón, por tanto, no sólo de la acción propia del autor humano como verdadero autor, sino también del alcance de sus expresiones como palabra de Dios¹¹.

2. REVELACIÓN E INSPIRACIÓN

Otro aspecto importante para precisar la acción divina en el hagiógrafo es la más nítida distinción que se ha venido haciendo entre revelación e inspiración, y la relación entre ambas. Responden a carismas distintos: los hagiógrafos ciertamente no reciben la revelación al modo como la recibieran Moisés, los profetas o los apóstoles, ni su tarea queda reducida únicamente a poner por escrito las palabras de revelación que aquéllos recibieran, aunque ciertamente lo hagan y por ellos nos hayan llegado. Por el carisma de la inspiración, sus escritos adquieren carácter de revelación, palabra de Dios, para la comunidad que los recibe; ellos no

¹⁰ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologica* I quest. 110, a. 2.

¹¹ Sobre cómo la causalidad instrumental sigue teniendo vigencia en la explicación de la inspiración del autor, Cf. B. SESBOUÉ, *La canonisation des Écritures et la reconnaissance de leur inspiration. Une approche historico-théologique: Recherches de Science Religieuse* 92 (2004) 40; T. CITRINI, *Identità della Bibbia*, Brescia 1990, 115; A. M. ARTOLA, o.c. (nota 3), 347-349.

han sido destinatarios directos de la revelación. Se sitúan en el ámbito de la transmisión de la revelación realizada en hechos y palabras, como refleja claramente el esquema de *Dei Verbum*. En orden a esa transmisión actúa en ellos el mismo Espíritu que habla a través de los profetas o hace comprender a los apóstoles el Evangelio de Cristo, como enseña DV 7¹². Es la forma que llamamos «inspiración». Así se puede diferenciar con más nitidez dónde se sitúa la inspiración y dónde la revelación cuando ésta se da por la Escritura.

Por otro lado, para entender el significado de la inspiración del autor humano en este contexto, «no debe olvidarse, como señala V. Balaguer, que un libro no es nunca una copia, elemento a elemento, de la realidad; la confección de una obra es una *poiesis*, una creación novedosa, y en ese sentido ofrece un plus de significación a la realidad que representa»¹³. Es ahí precisamente donde incide la acción inspiradora del Espíritu en el hagiógrafo al componer su obra. La revelación y el testimonio profético son el elemento fundante; la Escritura es su testimonio y su figuración simbólica. Es un testimonio del testimonio. Así la inspiración se vincula a la presencia del Espíritu en estos procesos testimoniales, con los que el lector debe alcanzar el acontecimiento revelador¹⁴.

3. RELACIÓN AUTOR-COMUNIDAD

Otro punto importante en orden a entender la inspiración de los hagiógrafos es el hecho, puesto de relieve por los estudios histórico-crí-

¹² Dice así hablando de la transmisión del Evangelio de Cristo, plenitud de la revelación: «Lo cual (la transmisión del Evangelio) fue realizado fielmente tanto por los apóstoles que en la predicación oral comunicaron con ejemplos e instituciones lo que habían recibido por la palabra, por la convivencia y por las obras de Cristo, o habían aprendido por la inspiración del Espíritu Santo (*Spiritu Sancto suggerente*), como por aquellos varones apostólicos que, bajo la inspiración del mismo Espíritu Santo (*inspiratione eiusdem Spiritus Sancti*), escribieron el mensaje de salvación» (DV 7). El párrafo conciliar deja entender que la acción del Espíritu es diversa en cada caso. Pero también que en realidad se trata del mismo Espíritu que actúa de manera similar en los apóstoles para comprender la revelación de Cristo y en los hagiógrafos para ponerla por escrito.

¹³ V. BALAGUER, o.c., 898, nota 11.

¹⁴ Cf. G. BORGONOVO, *Una proposta di rilettura dell'ispirazione biblica dopo gli apporti della forme- e redaktionsgeschichte*, en AA.VV., *L'interpretazione della Bibbia nella Chiesa...* (nota 1), 41-63.

ticos, del carácter progresivo en la composición de muchos libros de la Biblia. Añádase además el hecho, puesto bien de manifiesto en los mismos estudios, de que lo puesto por escrito por los hagiógrafos en ocasiones ha recorrido una etapa previa oral en el interior de la comunidad, que el autor ha recogido en su obra. ¿Dónde se sitúa entonces la inspiración del «hagiógrafo»? La respuesta de que sólo el último redactor era el inspirado por Dios es una solución, sin duda. Pero la solución más profunda se busca, y con razón, en entender que los autores están insertados en una comunidad de fe en la que y para la que escriben¹⁵. Su tarea no puede desligarse de la comunidad, ni del influjo que recibe de ella, ni de la finalidad que se propone de cara a sus lectores inmediatos.

Así se ha puesto en evidencia la dimensión social de la inspiración, teniendo en cuenta que efectivamente los autores inspirados recogen la fe y la experiencia de salvación de la comunidad, aunque al mismo tiempo se dirigen a ella con una intencionalidad propia. Por otra parte, la inspiración se ha comprendido como uno de los carismas del Espíritu concedidos en la comunidad; un carisma funcional en orden a la conservación de la palabra de Dios en una comunidad estructurada. O se ha puesto el acento en la tradición inspirada previa a la Escritura que la recoge, como bien explica el A. M. Artola¹⁶. En cualquier caso, la inspiración del hagiógrafo no puede entenderse como un asunto privado entre él y Dios, sino como algo inmerso en la vida y en la historia del pueblo. Lo expresaba así el Cardenal Ratzinger: «La palabra no pertenece a un único autor, sino que vive en una historia que progresa y posee, por eso, una extensión y una profundidad hacia el pasado y hacia el futuro que finalmente se pierden en lo imprevisible. Sólo a partir de aquí se puede empezar a comprender qué quiere decir inspiración; se puede ver cómo Dios entra

¹⁵ Como pone de relieve P. Grelot [Cf. P. GRELOT, *Dix propositions sur l'inspiration scripturaire*: Esprit et vie 96 (1986) 97-105], parece difícil pensar que está inspirado sólo el redactor final de un texto bíblico: la inspiración es un proceso más englobante que alcanza a los diversos ministerios de la Palabra.

¹⁶ Artola al exponer la Escritura inspirada habla primero de la tradición inspirada. El pueblo de Dios como tal es el sujeto de la transmisión de la fe. El mediador carismático actúa en plena conexión con la comunidad creyente. Y ésta a su vez fácilmente se identifica con sus dirigentes. «La profunda interdependencia entre el inspirado y el grupo transmisor de la fe hace que el análisis aislado del carisma de la inspiración resulte grandemente dificultoso» (A. M. ARTOLA, *La Inspiración bíblica*, en A. M. ARTOLA - J. M. SÁNCHEZ CARO, *Biblia y Palabra de Dios*, Estella 1992, 184).

misteriosamente en el ámbito del hombre y trasciende al autor meramente humano»¹⁷.

4. LA IGLESIA, AUTORA DE LA BIBLIA

Un último punto en el que querría fijarme a propósito del autor humano de la Biblia es la consideración acerca de quién es realmente y en definitiva ese autor. Los hagiógrafos son ciertamente los autores de los libros de la Biblia, pero no de la Biblia como tal. Ésta no es sólo el conjunto de los cuarenta y cinco libros del judaísmo y de los veintisiete cristianos. Constituye un todo orgánico en el que los libros adquieren una disposición determinada que influye y no poco en el significado de los mismos y en del resto de los que forman la Biblia¹⁸.

La formación del Canon delata no sólo la recepción de unos libros, como puede ocurrir en la recepción de los «clásicos», sino todo un proceso de selección y ordenación de libros singulares para constituir otro gran libro, la Biblia. Lo cual hace que respecto a la Biblia en su conjunto, la formación del canon tenga en cierto modo el carácter de verdadera «autoría»¹⁹. Ahora bien, en la complejidad del proceso de dicha formación, bien podemos decir que esa autoría recae sobre la Iglesia hasta la configuración del canon bíblico. Esta consideración orienta a ampliar el ámbito de la inspiración del autor humano de la Biblia haciéndolo extensivo a la Iglesia, en cuanto ella es en realidad la autora de la Biblia tal como nos ha llegado. En la Iglesia sigue actuando el mismo Espíritu de Dios, que inspiró a los autores de los libros, para formar el gran

¹⁷ J. RATZINGER, *Discurso en la investidura de Doctor «Honoris Causa» del Cardenal Joseph Ratzinger*: Scripta Theologica 30 (1998) 390.

¹⁸ Cuando, por ejemplo, el Deuteronomio se desgaja de la Historia deuteronomista y se incluye en la Torah adquiere un sentido nuevo. No digamos la Biblia cristiana, añadiendo un Nuevo Testamento al Antiguo y reorganizando los libros de este último de manera distinta a cómo los leían los judíos en la sinagoga, para que todos estuviesen orientados a Cristo. Este aspecto lo tiene en cuenta especialmente YVES-MARIE BLANCHARD, *Toute Écriture est inspirée (2Tim 3,16). Les problematiques de la canonisation et de l'inspiration, avec leurs enjeux respectives*: Recherches de Science Religieuse 93 (2005) 497-515.

¹⁹ «La redacción final de los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento (...) no es el término de todo el proceso de formación de la Biblia como tal, ya que éste incluye la reunión de tales textos en el canon» (A. M. ARTOLA, o.c., 156).

libro²⁰. Y ese gran libro, la Biblia, es lo que ha sido entregado a la Iglesia. De los libros concretos puede decirse, como afirma la PCB, que «un libro no es bíblico —y podemos añadir inspirado—, sino a la luz de todo el Canon» (I C 1). Así, «aunque cada libro de la Biblia haya sido escrito con una finalidad diferente y tenga su significado específico, todos son portadores de un sentido ulterior cuando se vuelven parte del conjunto canónico» (III C 1).

5. ALGUNAS IMPLICACIONES DE ORDEN TEOLÓGICO

De las consideraciones hechas podemos deducir ya algunas conclusiones en orden a comprender mejor la realidad del autor:

- a) El hecho de la multiplicidad de la presencia inspiradora del Espíritu que afecta a la comunidad en la que surge el libro, al autor (o autores) de los mismos libros, y a la Iglesia autora tal como confecciona la Biblia.
- b) La atención primordial que ha de prestarse a lo que el autor humano quiso decir (DV 12). Teniendo en cuenta que, como dice la PCB, que «Pensamiento y palabra son al mismo tiempo de Dios y del hombre, de modo que todo en la Biblia viene a la vez de Dios y del autor inspirado» (III D 2)²¹.
- c) La consideración como palabra de Dios de aquello que puede descubrirse como tradición subyacente vivida por la comunidad en la que el autor escribe, y la orientación a la que tiende dicha tradición en su dinamismo interno.

²⁰ Escribe P. Grech: «La inspiración no se limita al influjo sobre el autor humano de los textos, sino que se extiende a su continua interpretación, a la conservación del texto, al hecho de ser coleccionados y recibidos canónicamente, y se sigue con su *Wirkungsgechichte* en la Iglesia» (P. GRECH, «Che significa oggi “inspirazione”? Una visione globale», en *Il messaggio biblico e la sua interpretazione. Saggi di ermeneutica, teologia ed esegesi*, Bologna 2005, 297-298).

²¹ «Pero no se sigue de ello, precisa asimismo la PCB, que Dios haya dado un valor absoluto al condicionamiento histórico de su mensaje. Este es susceptible de ser interpretado y actualizado, es decir, de ser separado, al menos parcialmente, de su condicionamiento histórico pasado para ser trasplantado al condicionamiento histórico presente» (III D 2).

II. LA ESCRITURA INSPIRADA

Más allá de lo que los autores humanos pretendieron al escribir sus obras, éstas, al constituirse la Biblia, permanecen en la Iglesia como una entidad única a través de la cual se expresa y se escucha permanentemente la palabra de Dios. Los autores humanos quedan como en un segundo plano, y se pasa a considerar que Dios es, en primer lugar, el autor de la Escritura, y que Él la da a la Iglesia para que la conserve y viva de ella²². La Iglesia experimenta, en efecto, la fuerza de ese texto a lo largo de su historia, con cierta independencia ya de quienes lo pusieron por escrito; muchas veces desconocidos para la misma Iglesia.

De ahí la pregunta sobre qué caracteriza en realidad a ese texto como tal texto —además, y en consecuencia, de su puesta por escrito bajo la inspiración— para que la Iglesia lo discierna como un texto inspirado a través del cual Dios le habla, y lo conserve como norma de su fe y de su vida a lo largo de todas las generaciones. En definitiva, se trata de analizar qué ve la Iglesia en él y qué papel juega en su vida; es decir, qué significa la Escritura en cuanto inspirada.

Para adentrarnos en esta cuestión conviene recordar en primer lugar, aunque sea a grandes rasgos, cómo es considerada «la Escritura» en la Iglesia apostólica y cómo lo es en la Iglesia posterior. Después, queremos señalar algunas peculiaridades que los textos escritos tienen en el ámbito de la comunicación y, en concreto, el texto bíblico recibido como tal en la Iglesia; y, finalmente, ver algunas implicaciones que conlleva la afirmación de que se trata de un texto inspirado.

1. LA ESCRITURA EN LA IGLESIA

En el NT encontramos una nueva terminología para designar el conjunto de los libros sagrados de Israel²³. Se les llama la «Escritura» o «las Escrituras» atribuyendo a sus palabras una autoridad divina por el hecho

²² Tal es el aspecto recogido en la definición dogmática de la inspiración en el Vaticano I: «tienen a Dios por Autor y como tales han sido entregados a la Iglesia» (*Dei Filius*, cap.2).

²³ El término «los libros» sólo se encuentra en tres pasajes tardíos del AT (Dan 9,2; 1Mac 12,9; 2Mac 8,23), pero en estos casos parece tratarse de libros concretos, no de la Escritura como un todo.

mismo de estar escritas. La atención con frecuencia no recae ya en quién haya sido el profeta autor de tal o cual pasaje de la escritura, sino en el hecho mismo de ser Escritura²⁴. La idea que subyace cuando hablan de las Escrituras, es que ellas en su conjunto expresan los designios divinos que tenían que cumplirse y que, en efecto, se han cumplido en Cristo: «Escudriñad las Escrituras, ellas dan testimonio de mí» (Jn 5,39)»²⁵.

Esta es la realidad con la que se cuenta: unos textos escritos en el pasado, pero que ahora hablan de nuevo manifestando su verdadero contenido, y la fe en Cristo como aquel en quien se cumplen. Así descubren en todas las Escrituras un contenido nuevo, que es Cristo mismo y su obra de salvación. Como dice la PCB, «el acontecimiento pascual, la muerte y resurrección de Jesús, ha establecido un contexto histórico, radicalmente nuevo, que ilumina de modo nuevo los textos antiguos y les hace sufrir una mutación de sentido» (II B 2). Desde la realidad de Cristo y lo acontecido en él, las Escrituras hablan de nuevo.

Todo esto muestra ciertamente la eficacia de la Escritura leída en el contexto de Israel y de la comunidad apostólica. Si la verdad y la fuerza

²⁴ El uso de ese término englobante para designar los escritos, así como la autoridad que se les atribuye por el hecho de estar escritos, conectan ciertamente con representaciones presentes en obras de tipo de revelación (apocalípticas), en las que el contenido de los libros es considerado, en su conjunto, trascripción de los decretos divinos escritos en libros celestes que bien ha contemplado el vidente o son fruto del dictado de un ángel. Para los hagiógrafos del NT también las Escrituras constituyen un conjunto dotado de autoridad divina. Pero para ellos la Escritura —que engloba la Ley, los profetas y los Salmos (Cf. Lc 24,45)— no está orientada a la donación de una nueva Ley (como en 1Henoc) o de una nueva halaká (como en Jubileos), o a desvelar el futuro del pueblo (como en Testamento de Moisés), sino a ser testimonio de Cristo, en quien se ha cumplido. Por un lado a éstas se apela, dada su autoridad divina, para iluminar, explicar, y aún justificar, lo acontecido en Cristo Jesús: «Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras y resucitó al tercer día según las Escrituras...» (1Cor 15,3); «todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura que dice...»; y, por otro, las Escrituras adquieren todo su valor en cuanto que se han cumplido en Cristo, «Abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras... (Lc 24,45). Sobre cómo se da el proceso de una apreciación a otra en el NT, Cf. G. ARANDA PÉREZ, *El concepto de «Escrituras» en el evangelio de Mateo y en la literatura apocalíptica*, en F. CONTRERAS MOLINA (ed.), *La Biblia en España. Homenaje a Antonio Rodríguez Carmona*, Estella 2006, 135-157.

²⁵ «Y si Cristo, comenta Orígenes, alude a las “Escrituras”, como aquellas que le dan testimonio, considera los libros de la Escritura como un único volumen, porque todo lo que ha sido escrito de él es recapitulado en un solo todo» [ORÍGENES, *In Ioan-nem* V 6 (SC 120,380-384) (citado en *Lineamenta* 9)].

de la palabra de Dios en el AT se mostraba en el hecho de que por la acción del mismo Espíritu se realizaba aquello que la palabra profería, la eficacia de la Escritura se manifiesta, para los hagiógrafos del NT, en el acontecimiento Cristo que la cumple, como culminación del ser y de la esperanza de Israel manifestados en la misma Escritura.

A partir de esa consideración de la Escritura como un todo, una vez añadido el Nuevo Testamento y formado el canon, la denominación «la Escritura» abarca todo el conjunto, siendo considerado Dios el autor de uno y otro Testamento. La Biblia así entendida se recibe como una carta del Padre celestial enviada a la Iglesia, en expresión de S. Gregorio Magno²⁶. DV 21 recoge esta convicción diciendo que «en los libros sagrados el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos, y habla con ellos...». De esta forma, dice la PCB: «Los textos han dejado de ser simplemente expresión de la inspiración de autores particulares; se han convertido en propiedad común del pueblo de Dios» (III B 1).

Si la revelación de Dios en la historia se ha manifestado con hechos y palabras íntimamente unidos entre sí (DV 2), bien podemos decir que la Escritura, una vez constituida en la Iglesia, es la palabra que acompaña a los hechos de esa revelación del Dios Trino que han culminado en la instauración de la Iglesia. Para la Iglesia, su misma existencia, fundación e historia, incluida su prehistoria en el antiguo Israel, son los hechos, y la Escritura es la palabra «que proclama los hechos y esclarece el misterio contenido en ellos» (DV 2). Así, «discerniendo el canon de las Escrituras, afirma la PCB, la Iglesia discernía también y definía su propia identidad, de modo que las Escrituras son, a partir de ese momento, un espejo en el cual la Iglesia puede redescubrir constantemente su identidad, y verificar, siglo tras siglo, el modo como ella responde sin cesar al evangelio, del cual se dispone a ser el medio de transmisión (DV 7)» (III B 1).

Las nuevas circunstancias que a lo largo de la historia vive la Iglesia la llevan a descubrir en la Escritura contenidos nuevos que las iluminen y con los que pueda responder con fidelidad al evangelio. En los *Lineamenta* esta fuerza de la Escritura se atribuye concretamente a su inspiración: «Por el carisma de la inspiración los libros de la Sagrada Escritura tienen una fuerza de interpelación directa y concreta que no tienen otros textos o intervenciones eclesiales» (10 e)²⁷.

²⁶ S. GREGORIO MAGNO, *Registrum Epistolarum* V 46 35 (CCL, CXL, 339).

²⁷ Ciertamente la inspiración se aplicó en la Iglesia antigua a otros textos fuera de los admitidos en el canon, como, por ejemplo, al Pastor de Hermas, y hubo otros

2. LA BIBLIA COMO TEXTO. TEXTO E INSPIRACIÓN

Ahora bien, ¿qué posee de peculiar ese texto en orden a la comunicación de la palabra de Dios? Nos situamos ante todo frente al hecho de que, en cuanto que se trata de un texto, entra en la esfera de una realidad lingüística peculiar, la de la relación que se da entre la escritura y la lectura, entre el texto y el receptor o lector del libro. Esta cuestión se ilumina sin duda a partir de los planteamientos recientes acerca del proceso de comunicación mediante textos escritos y de la recepción de los mismos en una comunidad²⁸. Presentamos únicamente algunos datos fundamentales que pueden iluminar la comprensión de la Escritura como texto inspirado.

a) *La peculiaridad de la comunicación mediante textos*

Desde las aportaciones de la lingüística se ha puesto de relieve la peculiaridad de la comunicación mediante textos, frente a una comunicación oral. En ésta el que habla y el que escucha están presentes y mediante gestos o preguntas pueden aclarar el discurso. No sucede así en la comunicación mediante un escrito, en la que éste cobra una autonomía respecto al autor y se dirige a un auditorio futuro. Una vez que se ha publicado, el texto se convierte en una realidad independiente, sobre la que el autor ya no tiene control. Quedan, pues, por así decirlo el texto y los lectores. Será preciso, por tanto, ver los recursos presentes en el mismo texto para la comunicación y dónde radica la fuerza del mismo, así como su sentido más profundo. En orden a ello se han desarrollado los estudios de la retórica, la semiótica o la narratología. Estas pondrían de manifiesto aspectos que quizás el autor del texto ni siquiera pensó.

que se tomaron como autoritativos y normativos, como la 1Clemente; pero la Escritura tiene un carácter sagrado único que viene dado por su inspiración, su normatividad y su canonicidad, es decir, su reconocimiento como tal por la Iglesia. Cuando hablamos de la inspiración de la Escritura englobamos de hecho los tres elementos que le dan el carácter de libro sagrado único, como propone algún autor reciente, por ejemplo, TH. A. HOFFMAN, o.c. (nota 6).

²⁸ A partir de ahí diversos autores, acudiendo a las ciencias de la lingüística, proponen la comprensión de la inspiración según el llamado «modelo lingüístico» o «principio lingüístico», frente a los modelos «profético» y «comunitario» que se fijan más bien en la producción del texto, como hemos visto. Así, por ejemplo, en algunos artículos recientes como W. VOGELS, o.c. (nota 1 y nota 6); H. GABEL, o.c. (nota 1).

Aplicando resultados de estas ciencias para una comprensión de la inspiración del texto bíblico, A. M. Artola, por ejemplo, distingue el nivel de superficie, denominado por algunos fonotexto y el nivel profundo, genotexto, al que se une el intertexto²⁹. «El Espíritu Santo, dice, interviene en la elaboración de la obra inspirada no sólo como principio divino en el acto de ponerla por escrito, sino como autor de aquellos elementos inmanentes a la obra que, por su lectura, suscitarán en el destinatario los efectos salvíficos a los cuales se destina el libro»³⁰. En un planteamiento similar cabe citar la explicación de F. Martin distinguiendo el nivel de manifestación y el nivel de inmanencia o profundo, al que afectaría en realidad la inspiración³¹. En una perspectiva lingüística, por tanto, en la que es subrayada la realidad del texto, la inspiración es considerada como una cualidad del texto que se despliega en su lectura³². Ahora bien, hay que decir también, como hace acertadamente el mismo Artola, que a la hora de determinar el origen último de esos elementos inmanentes a la Escritura, la ciencia lingüística como tal no puede llegar³³. La lógica de esos elementos inmanentes en el texto de la Escritura está, en último término, en la presencia del Espíritu que como inspirador del texto deja su huella en él, y en el plano de la fe de la comunidad, asumida, transmitida e inspirada por el texto.

²⁹ Siguiendo los planteamientos de la semiótica (cita a Kristeva, Barthes, Wahl) A. M. Artola entiende el fonotexto como el sentido fácilmente comprensible a una primera lectura, mientras que el genotexto son los organismos lingüísticos que a nivel profundo generan el tejido literario que es el texto; a su vez el intertexto es la dimensión profunda en que se cruzan y entrecruzan las diversas influencias textuales en un escrito [Cf. A. M. ARTOLA, *La inspiración bíblica...* (nota 16), 187-188]. Estos dos últimos elementos van más allá del contenido superficial del texto que es el dado por el autor. «La inspiración, dice Artola, afecta ciertamente al genotexto en cuanto generador del sentido que se cristaliza en el fonotexto» (188).

³⁰ A. M. ARTOLA, o.c., 187.

³¹ Cf. F. MARTIN, o.c. (nota 6).

³² W. Vogels llega a definir la inspiración de esta forma: «Inspiración es la cualidad humano divina que la Biblia tiene como texto, porque esta Biblia fue producida por una comunidad inspirada y porque esta Biblia es capaz de inspirar a una comunidad» [W. VOGELS, *Inspiration in a Linguistic Mode: Biblical Theologie Bulletin* 15 (1985) 90].

³³ «Una pregunta ulterior sobre el nivel de profundidad a donde desciende la inspiración sería una cuestión parecida a si la transustanciación llega a las moléculas del pan consagrado. Donde se mezclan dos magnitudes heterogéneas, la física y la teología, cada una de ellas tiene su propia lógica» [A. M. ARTOLA, o.c. (nota 16), 188].

Otro aspecto importante de la escritura frente a la oralidad es el hecho de que un texto escrito permanece inalterable. Por el hecho de tratarse de libros inspirados a través de los que actúa el Espíritu Santo, tienen una actualidad permanente. «Las Sagradas Escrituras, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente las palabras del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu en las palabras de los profetas y de los apóstoles» (*Dei Verbum* 21).

b) *La recepción del texto*

La teoría de la recepción establece que un texto escrito no llegará a imponerse, sino por la acogida de los lectores. Un texto no se convierte en clásico porque lo quiera el autor, sino porque los lectores y la comunidad en que se lee reconocen en él un valor especial que lleva a situarlo a un nivel de normatividad diferente de otros textos que circulan al mismo tiempo. En el caso de los libros bíblicos este proceso de recepción se da ya en primer lugar en orden a la formación del canon en el que, si de forma inmediata puede influir ciertos factores, como la antigüedad o la apostolicidad de los escritos, en el fondo se trata de un reconocimiento de que esos textos poseen una virtualidad única para la vida de la comunidad cuando ésta los lee en la liturgia, los aplica a su vida o los medita en la oración. Entra aquí en juego el tema de la eficacia de los textos, puesta de relieve por los estudios de la *Wirkungsgeschichte*³⁴. Como señala la PCB, «lo que ha llevado a la comunidad creyente a conservarlos, es la convicción de que ellos continúan siendo portadores de luz y de vida para las generaciones venideras» (II B 1). En este sentido la Escritura es inspirada e inspirante³⁵. La inspiración de la Biblia ha de ser comprendida, por tanto, también desde su recepción por parte de la Iglesia, como ya lo habían sido antes los mismos libros singulares.

³⁴ Así, es en virtud de la efectividad de la palabra como A. M. Artola ve la posibilidad de descubrir su origen divino. Cf. A. M. ARTOLA, *Biblia y Palabra de Dios*, en A. M. ARTOLA - J. M. SANCHEZ CARO, o.c. (nota 16), 29-58; *Los nuevos métodos de exégesis y la comprensión de la Inspiración bíblica*, en A. IZQUIERDO (ed.), o.c. (nota 1) 132-166.

³⁵ «La Biblia goza del privilegio de la inspiración —escribe Vogels— porque la comunidad de creyentes, en la que obra el mismo Espíritu, puede identificarse con ella. La comunidad ve en esa Biblia una revelación de Dios. Ella descubre el carácter inspirado de la Biblia porque el texto se lo revela y no porque el autor diga que su texto es inspirado» [W. VOGELS, *L'Écriture, inspiré et inspirante* (nota 6), 283].

Por otra parte, la misma teoría de la recepción señala la diversidad de significaciones que un texto puede adquirir precisamente al ser recibido en circunstancias diversas. Como dice R. Barthes, una obra tiene un valor eterno no porque las personas encuentren en ella la misma significación, sino porque invita a cada uno a descubrir más de una significación³⁶. Bien sabemos que algún libro bíblico ha sido recibido en el canon precisamente al ver en él una significación diferente de aquella con la que originariamente fue compuesto, como parece ser el caso del Cantar de los Cantares. Y que el texto bíblico como tal ha estado abierto a múltiples significaciones, más allá de la que los autores quisieron expresar, queda patente en la doctrina de los sentidos desarrollada especialmente desde la patrística, bien para hacer una lectura cristiana del AT, bien para aplicar muchas afirmaciones del NT a la fe y a la vida cristiana. La razón última de la pluralidad de sentidos —así viene a señalado del documento de la PCB—, no es otra que el considerar la Escritura como inspirada³⁷. La garantía de su recepción legítima viene de leerla desde la nueva situación del misterio pascual y de la vida de la Iglesia (II B 2)³⁸.

³⁶ Cf. R. BARTHES, *Exégesis y hermenéutica*, Madrid 1976; *Variaciones sobre la escritura*, Barcelona, 2002. La PCB recoge este aspecto al hablar de los sentidos de la Escritura cuando afirma que: «Una corriente hermenéutica moderna ha subrayado la diferencia de situación que afecta a la palabra humana puesta por escrito. Un texto escrito tiene la capacidad de ser situado en nuevas circunstancias, que lo iluminan de modo diferente, añadiendo a su sentido determinaciones nuevas. Esta capacidad del texto escrito es especialmente efectiva en el caso de los textos bíblicos, reconocidos como palabra de Dios... El sentido literal está, desde el comienzo, abierto a desarrollos ulteriores, que se producen gracias a “relecturas” en contextos nuevos» (II B 1).

³⁷ Como concluye A. M. Artola en el estudio antes citado sobre la inspiración bíblica en el documento de la PCB, «de la condición inspirada brota no sólo la riqueza de sentidos bíblicos, sino también el hecho mismo de un sentido superior pretendido por Dios que posee la Escritura» [A. M. ARTOLA, o.c. (nota 4), 182].

³⁸ De ahí se deduce que no todas las relecturas que se han llevado y se llevan a cabo tengan la misma sintonía con el texto, como muestra la historia de la exégesis. Por ello la misma PCB puntualiza diciendo: «De aquí no se sigue que se pueda atribuir a un texto bíblico cualquier sentido, interpretándolo de modo subjetivo. Es necesario, por el contrario, rechazar, como no auténtica, toda interpretación heterogénea al sentido expresado por los autores humanos en su texto escrito. Admitir sentidos heterogéneos equivaldría a cortar el mensaje bíblico de su raíz, que es la Palabra de Dios comunicada históricamente, y abrir la puerta a un subjetivismo incontrolable» (II B 2).

3. IMPLICACIONES DE LA INSPIRACIÓN EN LA ESCRITURA COMO TEXTO

Si, como hemos visto, la inspiración incide en el texto bíblico y en su recepción, eso conlleva unas implicaciones que afectan a la situación y a la valoración del mismo en el seno de la Iglesia.

a) *La inserción del texto en la Iglesia*

Como todo texto, la Biblia ciertamente está ahí para ser leída y releída en contextos nuevos, en los que puede adquirir y adquiere significaciones nuevas. Pero precisamente en virtud de lo que veíamos a propósito de la inspiración de sus autores, así como de su recepción en la comunidad, la Biblia se inserta en un contexto propio, que es la misma comunidad en la que ha surgido y en la que ha sido recibida como Escritura sagrada.

Los estudios histórico-críticos muestran, en efecto, cómo los libros bíblicos se han ido formando a través del tiempo en el seno de una comunidad, y cómo ésta los ha ido recibiendo como autoritativos, y, finalmente, los ha incluido en un canon. Pero esta comunidad está a su vez sostenida y guiada por el Espíritu de Dios; continúa viva y en movimiento hacia su consumación como pueblo escatológico. Por eso la Biblia no está sola ahí como un libro sin más; en palabras del Cardenal Ratzinger: «La Escritura, la palabra que nos ha sido dada como presupuesto... no está aislada, por su misma naturaleza, ni es solamente un libro. Su sujeto humano, el pueblo de Dios, está vivo y se mantiene idéntico consigo mismo a través de los tiempos (...). Sin su sujeto vivo e imperecedero que es la Iglesia, le faltaría a la Escritura la contemporaneidad con nosotros»³⁹.

Decir, pues, que la Escritura, toda ella, es un texto inspirado sólo tiene sentido en la Iglesia que la recibe y la lee como palabra de Dios actual. Y esto sólo es posible en virtud del Espíritu que habita en la Iglesia y la lleva a reconocer ese valor al texto de la Escritura.

b) *La Escritura, un texto de la fe*

En la Biblia se expresa la fe de la comunidad en su momento constitutivo, tanto en el antiguo Israel como en la Iglesia apostólica. Por estar ins-

³⁹ J. RATZINGER, *Discurso...* (nota 17), 391.

pirada, la fe expresada en ella —en su conjunto— tiene la garantía divina de verdad. Pero al mismo tiempo, hay que tener en cuenta que junto a la Biblia, e indisolublemente unida a ella, está la tradición viva de esa misma fe que se actúa en el culto, en las instituciones y en la expresión condensada de la misma en los símbolos o la regla de fe. Esa fe acompaña la formación de los libros desde el inicio, y juega un papel indispensable en la recepción de los mismos y en la confección del canon. Sólo por la tradición, que se guarda y se difunde con la luz del Espíritu de la verdad (DV 9), es posible reconocer qué libros son la palabra de fe auténtica.

Si la tradición transmite al pueblo de Dios la misma fe de la que surge la Escritura y se contiene en ella, es ésta sin embargo la que, una vez constituida, permanece como punto de referencia y alimento de esa misma fe.

c) *Texto inspirado*

Por último, y desde una perspectiva más teológica, se ha de tener en cuenta la acción del Espíritu de Dios que acompaña la Escritura tanto en el proceso de su formación como en el de su recepción. La Biblia es palabra de Dios en el sentido de que algo divino se contiene en las palabras de la Biblia⁴⁰. Esto ciertamente no es experimentable desde las ciencias lingüísticas, aunque éstas ofrezcan ciertamente un marco para comprender la actuación del Espíritu a través del texto fijado por escrito dada su eficacia.

Esa presencia del Espíritu que acompaña a la Escritura en su lectura entra asimismo en lo que denominamos su inspiración. La Escritura, podemos decir siguiendo a Vogels, «no está solamente inspirada porque fue escrita bajo la acción del Espíritu, sino también porque continúa inspirando a personas de todas las culturas desde siglos... El mismo Espíritu que estaba actuando en la comunidad que ha creado el libro, actúa también en la comunidad que recrea (lee) el libro»⁴¹. El Espíritu deja oír su voz a través de la Escritura. «La Sagrada Escritura, en efecto, se dice en los *Lineamenta* hablando de la Escritura en la liturgia (n.22), es una realidad litúrgica y profética: es una proclamación y un testimonio del Espíritu Santo sobre el evento Cristo, más que un libro escrito».

⁴⁰ Cf. R. E. BROWN, «*And the Lord Said*»? *Biblical Reflections on Scripture as the Word of God: Theological Studies* 42 (1981) 3-19.

⁴¹ W. VOGELS, *L'Écriture, inspiré et inspirante...* (nota 6), p. 283.

Se puede hablar ciertamente de una «inspiración diferenciada» como hace, por ejemplo, B. Sesboué⁴², en cuanto afecta al profeta, al autor de un libro, a un libro. Pero en ningún caso están aislados: el profeta habla a su comunidad, como el autor del libro lo escribe para su comunidad —que lo recibe, lo lee y lo guarda, porque le reconoce una autoridad—, o como el libro mismo tiene autoridad en la comunidad. Hay que pensar por tanto en un marco más general de la inspiración que la puesta por escrito. Ese marco no es otro que la acción reveladora de Dios a través de la Escritura.

III. EL LECTOR INSPIRADO

Todo lo dicho nos lleva a preguntarnos finalmente por el lector de la Escritura. Por el hecho de que la Escritura está ahí, todos tienen derecho a leerla e interpretarla, tanto dentro como fuera de la Iglesia. Pero la situación en que unos y otros lectores se encuentran frente a la Biblia no es la misma, y va a influir decisivamente en su interpretación, como ocurre de hecho. Aquí vamos a fijarnos no tanto en los presupuestos que han de darse en el lector para una lectura acorde con la naturaleza de misma de la Biblia, cuanto sobre todo en el valor de la interpretación hecha por el lector creyente dentro de la comunidad eclesial, y, en concreto, en cómo también en él actúa el Espíritu que ha inspirado la Escritura. ¿Podemos hablar en este caso de una inspiración del lector, relacionada con la inspiración del autor y de la Escritura misma? Y, suponiendo ya una respuesta afirmativa, nos preguntaremos también qué valor como palabra de Dios para la Iglesia pueden tener las interpretaciones y actualizaciones del texto bíblico.

Para ello, aunque sea brevemente, habremos de tener en cuenta en primer lugar algunos datos de la Biblia misma que testimonian la conciencia de un influjo divino en el lector; para fijarnos después en algunos aspectos puestos de relieve por la ciencia hermenéutica reciente sobre la relación lector-texto, aplicados al lector de la Biblia; y detenernos por fin en cómo se comprende hoy en la Iglesia esa acción del Espíritu en el lector.

⁴² B. SESBOÛÉ, *La canonisation des Écritures et la reconnaissance de leur inspiration: Recherches de Science Religieuse* 92 (2004) 13-44.

1. TESTIMONIO BÍBLICO

Dentro de la Escritura vemos que diversos autores han realizado, en la composición de sus libros, relecturas de libros anteriores. En general nada nos dicen de haberlo hecho bajo un auxilio divino, como, por ejemplo, el autor de los libros de las Crónicas cuando reescribe la historia de Israel, centrándola en el culto y el Templo. No sucede lo mismo, sin embargo, en obras de carácter revelatorio (o apocalíptico), como en el capítulo 9 de Daniel donde el autor dice leer la Escritura, concretamente los textos de Jer 25,11; 29,10, con una comprensión que le viene dada de lo alto⁴³. De modo similar, el autor del libro del Apocalipsis atribuye referidas a Cristo expresiones de las Escrituras de Israel, porque así se le revela en visión (Cf., por ejemplo, Ap 5 aplicando a Cristo resucitado el término «león» de la tribu de Judá de Gen 49,9, o el «Retoño» de David de Is 11,1).

En otros escritos del NT (Pablo, Lucas, Juan) se pone de relieve que sólo Cristo o el Espíritu de la Verdad enviado por Él, capacitan al lector de las Escrituras de Israel para comprenderlas en su verdadero sentido⁴⁴. Vemos así que, tanto en el judaísmo posterior como en la generación apostólica, existe la conciencia de que también sobre el lector de la Escritura recae una ayuda superior, provenga del cielo, de Cristo mismo o del Espíritu.

⁴³ Es el ángel Gabriel el que le dice que el texto de Jeremías se refiere a las setenta semanas de años que va a durar el destierro. En esta misma línea, fuera de la Biblia, pero en el contexto judío intertestamentario, a Esdras se le revelará que la cuarta bestia que vio Daniel significando el imperio seleúcida (Cf. Dn 7,23) se refiere al imperio romano (4Esd 11,1-12,3).

⁴⁴ Pablo expresa claramente que lo que hace descubrir al lector el sentido de la Escritura es la fe en Cristo. Sin esa fe su sentido está oculto por un velo y sólo cuando se convierten al Señor «será quitado el velo» (Cf. 2Cor 3,13-16). En los evangelios de Lc y Jn encontramos expresado que los lectores de las Escrituras de Israel sólo pueden comprenderlas en su sentido profundo con una ayuda especial, bien por parte de Cristo mismo (Cf. Lc 24,45 cuando narra cómo el Señor resucitado abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras), bien del Espíritu de la Verdad (Cf. Jn 2,22, donde el evangelista testimonia que «cuando Jesús resucitó de entre los muertos creyeron en las Escrituras y en las palabras que había dicho Jesús»). Es el momento en que se da una especial presencia del Espíritu enviado por el Cristo glorioso, el Espíritu de la verdad que guía hacia la verdad completa (Jn 16,13), también en la lectura y comprensión de la Escritura.

2. EL LECTOR FRENTE AL TEXTO: EL LECTOR CREYENTE DE LA BIBLIA

Ya desde la época patrística la lectura de un sentido espiritual en la Escritura suponía que el lector estaba animado por el Espíritu⁴⁵. Pero la atención recaía no tanto en la actitud del lector frente al texto, sino en la búsqueda de lo que Dios quiso decir a través del texto inspirado. También algunos teólogos de la reforma se fijaban en el lector que experimenta la fuerza del texto para descubrir a Cristo. Sin embargo esa atención al lector iba orientada a que él mismo percibía así la inspiración del libro.

Ha sido en época reciente cuando la ciencia hermenéutica ha tomado en consideración cuál es el papel del lector en relación al texto que tiene delante, las posibilidades de lectura, y las condiciones de legitimidad del sentido que encuentra al texto. Especialmente cuando se trata de textos antiguos. Desde este punto de vista se ha señalado: *a)* que todo lector lee necesariamente un texto desde una precomprensión previa; *b)* que, para que la lectura sea conforme al texto, se requiere una cierta sintonía con él, y *c)* que todo lector ejerce un papel activo sobre el texto en su acción de lectura y comprensión, de tal forma que en cierto modo es como si lo recreara, lo reescribiera para su momento presente.

Por lo que concierne a la precomprensión, el lector cristiano de la Biblia parte de su fe en Jesucristo y, al mismo tiempo, accede a la Escritura desde el presupuesto de que es un libro inspirado⁴⁶. Como bautizado, ese lector participa del Espíritu que es en definitiva quien le da la comprensión que tiene de Dios y de sí mismo, su fe (Cf. Rom 8,14-17; LG 12). En último término, la precomprensión con la que accede a la Escritura le viene dada por el mismo Espíritu que la inspiró.

En cuanto a la sintonía con el texto, la Biblia remite a una realidad trascendente que no sólo sobrepasa el texto, sino que únicamente puede

⁴⁵ Incluso encontramos algún testimonio que afirma una inspiración del lector, como el caso de Orígenes cuando escribe: «Si alguno considera las palabras proféticas con el estudio y con la reverencia de que son dignas, en el mismo momento de leer y considerar con diligencia, impulsados sus sentidos y su mente por un soplo divino, conocerá que las palabras que lee no han sido pronunciadas por boca humana, sino que son palabras de Dios, y por sí mismo experimentará que los libros están escritos no por arte humana, ni por expresión de algún mortal, sino, por decirlo así, por una mano divina» (ORÍGENES, *De Principiis*, IV 6: PG 11,351).

⁴⁶ Así señala S. Schneiders que afirmar la inspiración de la Escritura es como afirmar que Jesús es Hijo de Dios. Cf. S. SCHNEIDERS, o.c. (nota 6).

ser comprendida desde la apertura al Espíritu: «... las cosas del Espíritu de Dios, ... sólo se pueden enjuiciar según el Espíritu» (2Cor 2,14). Por otro lado, la persona creyente forma parte de una comunidad de fe animada por la presencia del mismo Espíritu que inspiró la Escritura. La lectura dentro de la comunidad da al lector la sintonía con la realidad expresada en el texto.

El papel activo del lector creyente de la Biblia tiene su propia peculiaridad en cuanto que también esa tarea la realiza bajo la acción del Espíritu; su lectura o audición del texto, y la forma de darle nueva vida, dependerá asimismo del grado en que se deje llevar por el Espíritu⁴⁷. El mismo Espíritu que actúa en la composición y transmisión de la Escritura, actúa en el lector-oyente de la misma⁴⁸. En este sentido podemos hablar ya de lector «inspirado», que tiene la posibilidad de una interpretación creativa, y que va más allá de la mera reconstrucción de la intención del autor del texto⁴⁹.

3. ACCIÓN DEL ESPÍRITU EN EL LECTOR

Cuando el documento de la PCB habla del papel de los diferentes miembros de la Iglesia en la interpretación de la Biblia, señala de algún modo la acción del Espíritu sobre cada uno de ellos (Cf. III B 3). Así habla en primer lugar de los obispos en cuanto «garantes de la tradición viva en la cual las Escrituras son interpretadas en cada época», diciendo que actúan «iluminados por el Espíritu de la verdad». De los sacerdotes, cuya

⁴⁷ Lo afirma así la PCB: «Ciertos presupuestos particulares, como la fe vivida en la comunidad eclesial y la luz del Espíritu, dirigen su interpretación. Con el crecimiento de la vida en el Espíritu, aumenta en el lector la comprensión de las realidades de las cuales habla el texto» (II A 2).

⁴⁸ «La Escritura inspirada no es el término último de la inspiración... Al cerrarse la revelación no cesa la presencia del Espíritu inspirador. La creación inspirada de la Biblia se completa con la presencia del Espíritu en el momento de su lectura. Es en estas condiciones donde la Biblia recupera la efectividad del instante de la locución, toda vez que la Escritura es una locución para un público futuro» [A. M. ARTOLA, *La inspiración bíblica* (cita 16), 190].

⁴⁹ Cf. E. SALMAN, o.c. (nota 6), 175. De parte protestante Ulrich H. J. Körtner afirma que el lector implícito en los textos bíblicos «es un lector inspirado por el Espíritu de Dios... El sentido del texto bíblico se constituye de nuevo en el acto de la lectura. En este acto el lector aprende a entenderse de una manera que el lenguaje de la tradición cristiana designa como fe» [U. H. J. KÖRTNER, o.c. (nota 6), 112].

primera obligación es «la proclamación de la Palabra» (Cf. *Presbyterorum Ordinis*, 4), dice que están dotados de un carisma particular en la interpretación de la Escritura». Y, finalmente, hablando de todo lector individual de la Biblia, señala que «el Espíritu también ha sido dado, ciertamente, a los cristianos individualmente..., cuando oran y estudian en la oración las Escrituras en el contexto de su vida personal». Exponiendo en concreto la labor de los exegetas dice de ellos que, «ciertamente, la Iglesia cuenta con exegetas, animados por el mismo Espíritu que ha inspirado la Escritura». Esta forma de expresarse el documento, aunque no diga expresamente que esos exégetas estén inspirados, orienta en esa dirección al poner en relación el Espíritu que los anima en su exégesis con el Espíritu que ha inspirado la Escritura.

En el trasfondo de la exposición de la PCB sobre la acción del Espíritu en los lectores de la Escritura, subyace ciertamente el principio establecido en *Dei Verbum* 12 de que la «la Escritura ha de leerse con el mismo Espíritu con que se escribió»⁵⁰. Pero los términos que emplea, iluminación en el caso de los obispos, carisma en el de los sacerdotes, don en el de los lectores individuales, y animación en el de los exegetas, son términos que ciertamente se asemejan a los que se emplean en la teología de la inspiración para describir la acción del Espíritu en los hagiógrafos.

Los momentos de esa intervención especial del Espíritu en la lectura-audición de la Escritura vienen señalados asimismo en el capítulo IV, apartado C, del Documento de la PCB, al tratar el uso de la Biblia en la Iglesia, explicitando las enseñanzas de DV 25. Menciona en concreto: la liturgia, la *lectio divina*, el ministerio pastoral y el ecumenismo. También aquí la terminología empleada por la PCB deja entender la acción de Cristo y del Espíritu en el lector-oyente de la Escritura en cada uno de esos momentos. En los *Lineamenta* se complementa esta afirmación recogiendo un pasaje de la Introducción al Leccionario que afirma precisamente que «para que la palabra de Dios realice en los corazones lo que suena en los oídos, se requiere la acción del Espíritu Santo, con cuya ins-

⁵⁰ Curiosamente la PCB no cita a este propósito DV 12. Quizás porque no trata en este momento directamente de establecer las reglas de la interpretación, sino de concretar la acción del Espíritu en el intérprete lector. Sobre la implicación de la frase conciliar acerca de la acción del Espíritu en el lector, Cf. F. CONTRERAS MOLINA, *Leer e interpretar la Escritura en el mismo Espíritu en que fue escrita (DV 12)*, en F. CONTRERAS MOLINA (ed.), *La Biblia en España. Homenaje a Antonio Rodríguez Carmona*, Estella 2006, 173-199.

piración y ayuda la palabra de Dios se convierte en fundamento de la acción litúrgica y en norma y ayuda para toda la vida» (20). Por lo que se refiere a la *Lectio divina*, la PCB hace notar que «se desarrolla bajo la moción del Espíritu en meditación, oración y contemplación», y, al recordar cómo la oración debe acompañar a la lectura, señala que la oración es «la respuesta a la Palabra de Dios encontrada en la Escritura bajo la inspiración del Espíritu Santo». También hablando del ecumenismo señala que «comporta leer los textos inspirados en la docilidad al Espíritu Santo...». La PCB, por tanto, se expresa en términos que parecen tener en cuenta la inspiración del lector-oyente de la Escritura en la Iglesia. Es interesante notar cómo el Catecismo titula el punto dedicado a la interpretación de la Biblia «*El Espíritu Santo intérprete de la Escritura*», introduciendo después las reglas de interpretación expuestas en DV 12. De forma parecida se recoge en los *Lineamenta* n.20 al decir que: «El Espíritu es el alma y el exegeta de la Sagrada Escritura, que es la palabra de Dios puesta por escrito bajo su inspiración». Y la interpretación se lleva a cabo mediante los lectores⁵¹.

4. IMPLICACIONES DE LA INSPIRACIÓN EN EL LECTOR-OYENTE DE LA BIBLIA

La acción del Espíritu en el lector-oyente de la Biblia conlleva una serie de connotaciones que conviene señalar para poder decir que realmente dicho lector actúa bajo la inspiración del mismo Espíritu que ha inspirado la Escritura.

a) *Leer como inspirada toda la Escritura*

El lector llevado por el Espíritu tendrá en cuenta la realidad de todo lo que el Espíritu ha inspirado, es decir, la totalidad de la Escritura. Se trata de un principio de interpretación señalado en DV 12: tener en cuen-

⁵¹ En este sentido se ha afirmado, y con razón, que «si según DV 11 los autores humanos son *veri auctores*, los lectores humanos también son *veri lectores*, cuya personalidad, ambiente social, época histórica, teología y espiritualidad, transmitidas a través de su socialización religiosa, de su biografía y de su historia creyente, desembocan en su escucha del Espíritu de Dios» (E. SALMAN, o.c., 175-176). Así se ha afirmado también que si Dios es el autor, es también en cierto modo el lector, en cuanto que el lector creyente lee, comprende y actualiza el texto bajo la acción del Espíritu Santo [Cf. W. VOGELS, o.c. (nota 6), 284].

ta la unidad de la Escritura. Ciertamente que el Espíritu, que sopla donde quiere (Cf. Jn 3,8), puede impulsar al lector a que un pasaje concreto le impacte especialmente y le lleve a una actualización de su contenido. Pero tal actualización deberá ser acorde con todo el contenido de la Biblia, y no contradecir lo que el mismo Espíritu ha inspirado en otros lugares de la misma. Aunque ciertamente no todo en la Escritura es igualmente importante —y esto lo pondrá de manifiesto el estudio crítico del texto— ni todo llama por igual la atención del lector-oyente guiado por el Espíritu o le sirve de punto de partida para una actualización, tal lector no puede perder de vista que toda la Escritura es inspirada, Palabra de Dios. De ahí que su actualización esté siempre abierta y en sintonía con el resto de puntos de vista expresados en la misma Escritura.

b) *Leerla en la tradición viva*

Otra peculiaridad que incide en el lector inspirado de la Biblia es el hecho de que el Espíritu que le inspira es el mismo Espíritu que está presente, vivifica y hace progresar la comunidad en la que se encuentra, de manera análoga a lo que sucedía con el hagiógrafo. Inspirado por el Espíritu, el lector-oyente no actúa en solitario. El mismo Espíritu que ha inspirado la Escritura lo sitúa en la tradición viva y en la fe de la Iglesia, desde la que accede al texto y lo actualiza. También por medio de esa tradición el Espíritu inspira al lector-oyente tanto para la comprensión e interpretación del texto (DV 12), como para llevarle a una actualización del mismo que, como dice la PCB, se sitúa en «la prolongación de las comunidades en las que la Escritura ha nacido, ha sido conservada y transmitida» (IV A 1). De ahí que si, en efecto, tal actualización pueda suponer una novedad respecto a esa misma tradición «que progresa en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo» (DV 8), al mismo tiempo no puede significar una ruptura con la misma, sino más bien un enriquecimiento⁵².

c) *Leerla en apertura a los frutos del Espíritu*

Otra dimensión que el Espíritu provoca en el lector inspirado, según la PCB, es orientar su lectura y actualización en el sentido de la justicia,

⁵² En ese proceso, afirma la PCB, «las desviaciones serán evitadas, si la actualización parte de una correcta interpretación del texto y se efectúa en la corriente de la Tradición viva, bajo la guía del Magisterio eclesial (DV 10).

la caridad y la unidad, frente a quienes «querrían apoyar sobre textos bíblicos, la segregación racial, el antisemitismo o el sexismo, masculino o femenino» (IV A 3). Es el mismo Espíritu el que produce en el cristiano sus frutos (Cf. Gal 5,22; Ef 4,3) y el que le inspira cuando se lee o escucha la Escritura inspirada por Él. A través de dicha lectura, por tanto, derramará con más fuerza sobre el lector y la comunidad esos mismos frutos.

5. VALOR DE LA ACTUALIZACIÓN DE LA ESCRITURA PARA LA IGLESIA Y LA TEOLOGÍA

Tras haber visto la acción del Espíritu en el lector-oyente de la Escritura es momento de preguntarnos hasta qué punto esa comprensión y actualización llevada a cabo puede ser considerada asimismo palabra de Dios, con todas las consecuencias que ello conlleva para la Iglesia de todos los tiempos y para la teología. La respuesta a esta cuestión enlaza necesariamente con el valor y la función de la tradición viva en la Iglesia, ya que tales actualizaciones de la Biblia se insertan efectivamente en esa gran tradición. Y si esa tradición trasmite, juntamente con la Escritura, la palabra de Dios, quiere decir que su contenido forma parte de esa palabra y la hace también presente en cada momento.

a) *Tradición inspirada, palabra de Dios*

De inspirada se ha calificado la tradición que, tanto en el antiguo Israel como en la Iglesia apostólica, ha venido a ser puesta por escrito en los libros bíblicos⁵³. Después, la Tradición se funde con la interpretación y actualización de la Escritura. Lo vemos así en la exégesis de los Padres de la Iglesia, cuyas enseñanzas «testifican la presencia viva de esta Tradición» (DV 8)⁵⁴.

⁵³ Cf., por ejemplo, el planteamiento de A. M. Artola (Cf. A. M. ARTOLA, *La inspiración bíblica...*, 183-185).

⁵⁴ Tanto DV 8 como la PCB, hablando de la exégesis patrística, emplean ciertamente el término «asistencia» para precisar la acción del Espíritu Santo en la interpretación y actualización de la Escritura en la Tradición postapostólica. Con ello sin duda quieren marcar la distinción entre la peculiar acción del Espíritu en la revelación originaria que se da en la Tradición apostólica y ha quedado plasmada en la Biblia, y la acción del mismo Espíritu en la Iglesia posterior que vive de aquella misma revelación.

Dei Verbum afirma que la Tradición en su conjunto y la Escritura constituyen «un solo depósito sagrado de la palabra de Dios confiada a la Iglesia» (DV 10); señala que ambas son recibidas *pari pietatis affectu* (DV 9); y dice de la Tradición que «transmite íntegramente a los sucesores de los apóstoles la palabra de Dios» (DV 9). Por su parte, la PCB, como hemos visto al hablar del lector-oyente, utiliza una terminología que va más allá de una mera asistencia —entendida ésta en una dimensión negativa frente al error—, y que orienta a ver una acción positiva del Espíritu en el lector que bien podemos llamar inspiración, como a veces se ha llamado al influjo del Espíritu en los Santos Padres y Concilios ecuménicos⁵⁵. Ambos, Escritura y Tradición, tal como leemos en los *Lineamenta*, «son canales que comunican la Palabra de Dios, la cual, por tanto, tiene su cumplimiento de sentido y de gracia en la experiencia de ambos, “uno dentro del otro”, y por ello, en esta óptica se pueden llamar y son Palabra de Dios» (14).

b) *Una Tradición viva y en crecimiento*

Esa Tradición, que en última instancia deriva de los apóstoles, no es algo estático, y que pueda reducirse a la época patrística aunque ésta en efecto tenga una autoridad especial. DV 8 señala claramente cómo la Tradición en la Iglesia progresa a lo largo de los tiempos, ya que con la asistencia del Espíritu Santo «va creciendo en la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas», pues en el decurso de los siglos, «tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina, hasta que en ellas se cumplan las palabras de Dios». En lo que respecta a la relación de esa misma Tradición con la interpretación de la Escritura afirma que «por esta misma Tradición la misma Sagrada Escritura se va conociendo en ella más a fondo y se hace incesantemente operativa... y el Espíritu Santo, por quien la voz del Evangelio resuena viva en la Iglesia, y por ella en el mundo, va induciendo a los creyentes a la verdad entera y hace que la palabra de Cristo habite en ellos abundantemente». En este mismo sentido, pero concretando a la tarea de los exegetas, la PCB no duda en afirmar que: «Aunque sus trabajos no siempre hayan obtenido el apoyo que

⁵⁵ Sobre la inspiración de los Padres de la Iglesia y de los Concilio ecuménicos, Cf. G. BARDY, *L'inspiration des pères de l'Église: Recherches de Science Religieuse* 40 (1951/52) 7-26; H. BACHT, *Sind die Lehrentscheidungen der Ökumenische Konzilien göttlich inspiriert?* *Catholica* 13 (1959) 128-139.

se les da hoy, los exegetas que ponen su saber al servicio de la Iglesia, se encuentran situados en una rica Tradición que se extiende desde los primeros siglos, con Orígenes y Jerónimo, hasta los tiempos más recientes, con el P. Lagrange y otros, y se prolonga hasta nuestros días» (III B 3).

Si, pues, la lectura de la Biblia se lleva a cabo por parte de un lector inspirado, con las implicaciones antes señaladas, es lógico decir que su interpretación entra dentro de esa Tradición que acompaña a la Escritura. Y en este sentido se puede considerar palabra de Dios: en cuanto que actualiza en nuevas circunstancias la palabra originaria de la Escritura, y se inserta en la Tradición viva de la Iglesia. De ahí que tales actualizaciones puedan y deban ser asumidas tanto en la reflexión teológica, como en la vida misma de la Iglesia, pues son la palabra que el Espíritu deja oír en cada tiempo desde el texto mismo de la Escritura a través de los lectores-oyentes inspirados. Las nuevas cuestiones a las que se enfrentan la Iglesia, y la humanidad, llevan a leer y actualizar la Escritura de forma nueva, y gracias a esa actualización la palabra de Dios iluminará los múltiples problemas actuales⁵⁶.

IV. RESUMEN-CONCLUSIONES FINALES

Partiendo de un concepto de libro divino muy conectado a representaciones de carácter revelatorio-apocalíptico del mundo judío, la comunidad apostólica consideró las Escrituras de Israel como un todo en el que se contenían los designios divinos sobre el Mesías, sobre su pueblo y sobre todos los hombres. Designios que se habían cumplido en Jesucristo, Palabra de Dios encarnada (Jn 1,14), plenitud de la revelación de Dios. Desde Cristo se entienden las Escrituras de Israel como palabra de

⁵⁶ Cf. La PCB (IV A 2) señala, por ejemplo, la cuestión de los ministerios, la dimensión comunitaria de la Iglesia, la opción preferencial por los pobres, la teología de la liberación y la condición de la mujer. Asimismo señala cómo la actualización puede estar atenta a los valores cada vez más reconocidos por la conciencia moderna, como los derechos de la persona, la protección de la vida humana, la preservación de la naturaleza, la aspiración a la paz universal. También es verdad, como señala el mismo Documento, que «en más de un caso la respuesta podrá ser que ningún texto bíblico trata explícitamente el problema presentado. Pero aun entonces, el testimonio de la Biblia, comprendido en su vigoroso dinamismo de conjunto, no puede dejar de ayudar a definir una orientación fecunda» (III B 3).

Dios en el pasado, que muestra su garantía y su fuerza al hacerse actual en Él. Y desde Cristo también, y a partir de la consideración de Escritura de los libros apostólicos en su diversidad (y de la consideración de profetas de todos los libros del Antiguo Testamento), se perfila la comprensión de que la Escritura no es por sí misma la revelación —como se comprendería en el contexto apocalíptico y más tarde en corrientes gnósticas⁵⁷—, sino testimonio de esa misma revelación a través de quienes la han recibido directamente de Jesucristo (apóstoles o profetas), y la han puesto por escrito con un especial auxilio divino: lo que llamamos la inspiración del autor.

Hasta época reciente, en torno al Vaticano II, el foco de atención había sido, por parte del Magisterio y la teología, explicar esa inspiración del hagiógrafo, de tal forma que como consecuencia de ella resultase que todo lo dicho afirmado o insinuado por él se haya de considerar dicho, afirmado o insinuado por el Espíritu Santo. Tal atención, prácticamente centrada en exclusiva en el hagiógrafo y en la acción de Dios en él, no acababa de despegarse del todo de aquellas concepciones apocalípticas del judaísmo, aunque ciertamente venían corregidas al entender que el autor humano era un instrumento vivo y dotado de razón, y que no actuaba en un marco de éxtasis propio de aquellas representaciones.

Pero la comprensión de la inspiración ha venido a experimentar un cambio y una profundización importantes. La reflexión teológica —un hito importante lo marca K. Rahner en 1958 con su breve libro sobre la Inspiración de la Escritura— la ha puesto en relación con la Iglesia. El estudio de la Biblia con los métodos histórico críticos obliga a tener en cuenta la formación progresiva de los libros bíblicos, su relación con la tradición anterior, y la íntima conexión del autor con la comunidad en y para la que escribe. Las ciencias del lenguaje y de la hermenéutica contribuyen a clarificar las características de la comunicación mediante textos y las relaciones autor-texto-lector.

En lo que se refiere a la inspiración del hagiógrafo, el acento se pone especialmente en que forma parte del sujeto común «pueblo de Dios», hasta el punto de que puede decirse, en expresión de Benedicto XVI, que

⁵⁷ Cf. G. ARANDA PÉREZ, *Libro y revelación: apocalíptica, gnosis, Biblia*, en J. CAMPOS - V. PASTOR, *Congreso Internacional Biblia, memoria histórica y encrucijada de culturas. Actas. Salamanca 2002, Zamora 2004*, pp. 585-591.

«el pueblo es el verdadero y más profundo “autor” de las Escrituras»⁵⁸. El carisma del que gozan los hagiógrafos no es algo aislado; está en íntima conexión con la historia misma de la revelación de Dios a su pueblo, y en función de ella. Por ese carisma, los escritos entran en el ámbito de la palabra de Dios; palabra que va dirigiendo a su pueblo de formas diversas a lo largo de su historia. Además hay que tener en cuenta que, finalmente, es el pueblo de Dios, la Iglesia, guiada por el mismo Espíritu, la que hace la Biblia como tal, al establecer el canon. Esto reafirma que la autoría de la Biblia sobrepasa la actividad de cada uno de los hagiógrafos, y se coloca en una dimensión eclesial.

En lo que se refiere a la Escritura inspirada, ésta viene comprendida asimismo en relación profunda a la comunidad que la recibe y la lee. Si la comunidad recibe esos textos como inspirados, no es tanto por el autor al que vienen atribuidos —su autoría la atribuye en primer lugar a Dios—, sino porque experimenta la fuerza de los mismos textos, que le llevan al conocimiento de Cristo y al reconocimiento de ella misma y de su identidad en la historia. La Escritura es inspirada ciertamente por su origen, pero a la vez es inspiradora permanentemente para la Iglesia. Ésta reconoce en los escritos bíblicos una fuerza divina que no ve en otros libros, aunque tengan características externas similares. Reconoce que Dios le habla a través de ellos, de manera análoga a como ha hablado en Cristo (DV 13). Así la Escritura como tal es recibida como la palabra de Dios sobre Cristo y sobre la Iglesia misma. Este reconocimiento se lleva a cabo porque el mismo Espíritu que inspira la Escritura, sigue presente y actuando a través de ella en la vida de la Iglesia. La Escritura inspirada se comprende por tanto no como una propiedad de la misma en un sentido de algún modo mecánico, sino como una realidad inmersa en la vida de la comunidad, y a través de la cual actúa el Espíritu de Dios, que vivifica constantemente esa comunidad, haciéndole escuchar la palabra de Dios a través del texto bíblico.

En esa misma línea de actuación del Espíritu en la comunidad puede hablarse también de *la inspiración del lector-oyente de la Escritura*. Todo lector u oyente que ha recibido el Bautismo posee ciertamente el Espíri-

⁵⁸ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, p. 16. Aunque el término «autor» venga puesto entre comillas —ciertamente quien escribe no es el pueblo, sino autores singulares—, muestra que la inspiración en éstos es inseparable de la vida del pueblo conducido por el Espíritu de Dios.

tu Santo. Con ese Espíritu accede ya a la lectura o la escucha de la Escritura, desde una precomprensión que le viene dada por la fe en Jesucristo y en el carácter inspirado de la misma Escritura, así como por su inserción en la Iglesia. Pero, al mismo tiempo, y según la ciencia hermenéutica, cada lector recrea en cierto modo el texto y le da vida; es interpelado por él, al tiempo que él mismo interpela al texto, lo interpreta y actualiza según su situación. Así, la significación de un texto se va enriqueciendo a lo largo de las diversas lecturas. En lo que se refiere al lector creyente de la Biblia, también en esa operación hemos de ver la acción del Espíritu, que le lleva ciertamente a escuchar el texto como palabra de Dios y a dejarse interpelar por el, pero también a interpelar él mismo al texto, interpretarlo y actualizarlo a la situación presente en que se encuentra. En cuanto que tal lectura la lleva a cabo con el mismo Espíritu con que se escribió la Escritura (DV 12), y que sigue actuando en la Iglesia y en el creyente, podemos decir que se trata de una lectura inspirada.

Los nuevos enriquecimientos del sentido del texto bíblico entran asimismo en el ámbito de la palabra de Dios, en cuanto que se trata de ecos de la voz del Espíritu que habla a través del texto. Entran en la Tradición que acompaña siempre a la Escritura, y que junto a ella es vehículo de la transmisión íntegra de la palabra de Dios (DV 9). La Escritura es así inseparable de su actualización en la Iglesia a lo largo de la historia y en el presente. En la medida en que las nuevas lecturas y actualizaciones están en sintonía con el texto mismo y el dinamismo que en él ha impreso el Espíritu, se trata de verdaderas lecturas bíblicas, «inspiradas»; y, en la medida en que son asumidas en la Iglesia como tradición auténtica que acompaña a la Escritura, gozan de la garantía de que no se trata de interpretaciones meramente subjetivas o ajenas a la palabra de Dios transmitida en la Tradición. El mismo Espíritu que ha inspirado la Escritura e inspira al lector, asiste asimismo a la Iglesia mediante el ministerio del Magisterio, para discernir y en su caso corroborar, cualquier nueva interpretación y actualización de la Escritura (DV 10).

Podemos terminar diciendo que el concepto de inspiración, cuando hablamos de la Biblia, ha de aplicarse efectivamente al autor, al libro y al lector. Son los tres factores inseparables e imprescindibles en el proceso de la comunicación escrita; y, por tanto, también en la comunicación de la palabra de Dios mediante la Escritura. En los tres actúa el Espíritu de Dios, si bien realizando en cada uno de ellos una acción sobrenatural acorde con la función que cada uno ejerce en ese proceso de comunicación y

en el seno de la comunidad: en los autores para escribir desde su fe, que es la fe del pueblo de Dios; en los escritos en cuanto que por su eficacia como instrumentos en orden a la fe, son recibidos como palabra de Dios; en los lectores en cuanto que redescubren su sentido y lo actualizan a lo largo de la historia. Así, la Escritura es constantemente palabra que se hace viva en la Iglesia, sin que pueda reducirse a la materialidad de un libro.